

Funeral Diocesano

Por el eterno descanso de los fallecidos en Adamuz

Palacio de Deportes “Carolina Marín”

Huelva, 29 de enero de 2026

## HOMILÍA

Textos: Lam 3, 17-26. Sal 24, 6 y 7cd. 17-18.20-21. Mc 15, 33-39; 16,1-6.

1

Majestades,

Hermanos obispos, sacerdotes y diáconos y seminaristas,

Autoridades del gobierno de la Nación y

de nuestra Comunidad autónoma,

Alcaldesa de Huelva y alcaldes de otros pueblos,

Autoridades judiciales, militares y académicas,

Y un saludo muy especial a vosotros, queridas familias, que estáis sufriendo la pérdida de un ser querido,

También, a los que se unen en oración a nuestra celebración a través de los medios de comunicación social.

Hermanos y hermanas todos, amados por el Señor:

Hoy nos reunimos con el corazón abatido. La tragedia del accidente ferroviario en Adamuz ha irrumpido en nuestras vidas como un golpe inesperado, dejándonos sumidos en el duelo por las víctimas mortales y con la preocupación por los heridos y los familiares. A vosotros, sus seres queridos, deseamos abrazaros con respeto y expresaros nuestra cercanía y nuestro pésame. Y queremos rezar por los que han muerto, para que Dios les conceda el descanso eterno y los abrace en su infinito amor.

Majestades, en vuestra presencia reconocemos un gesto de cercanía y solidaridad con las familias de las víctimas y con toda la sociedad de Huelva, Andalucía y de toda España, conmocionada por esta tragedia. También a las demás autoridades y a quienes prestan su servicio a la comunidad agradecemos su presencia en estos días de dolor compartido.

Estamos aquí porque el sufrimiento humano necesita ser acompañado, y porque creemos que, incluso en la noche más oscura, levantando los ojos a Dios podemos vislumbrar un rayo de luz y de esperanza. Dios nos habla en muchas ocasiones y de muchas maneras, como lo hizo con su pueblo elegido y, ahora, nos dirige su palabra por su Hijo, nuestro Señor Jesucristo, la Palabra hecha carne.

La Palabra de Dios no ignora el sufrimiento de su pueblo. El libro de las Lamentaciones, que hemos escuchado en la primera lectura, nace de la experiencia de un pueblo devastado, desconcertado: *He perdido la paz, me he olvidado de la dicha... Recordar mi aflicción es ajenjo y veneno; no dejo de pensar en ello, estoy desolado*, dice el profeta. Estas palabras podrían ser hoy las nuestras. Son las lágrimas de quienes han perdido a sus seres querido; el sentimiento de muchas comunidades cristianas y de la propia sociedad española, que no encuentra explicaciones fáciles ni respuestas rápidas.

Pero en medio de ese lamento, la Sagrada Escritura nos brinda un mensaje: el dolor no es falta de fe. La pregunta, la queja, incluso el silencio, caben en el corazón creyente. Dios no desaprueba nuestro llanto ni nuestras preguntas; al contrario, las acoge. El dolor de las víctimas y de sus familias no es un dolor anónimo: ha sido visto, escuchado y recogido por el Señor. Dios no es indiferente al sufrimiento; camina con nosotros cuando atravesamos cañadas oscuras. Por eso, como sigue diciendo la Palabra escuchada, *hay algo que traigo a la memoria, por eso esperaré: Que no se agota la bondad del Señor, no se acaba su misericordia*.

También el Evangelio que se ha proclamado nos lleva hoy al Calvario. *Al llegar la hora sexta toda la región quedó en tinieblas*

*hasta la hora nona.* El Evangelio no disimula la oscuridad, no abreva el final, no suaviza el drama. Hay tinieblas, hay un grito, hay muerte. La exclamación de Jesús, *Dios mío, Dios mío ¿por qué me has abandonado?* Es también la voz de todo ser humano que experimenta la pérdida inesperada y el vacío que deja la muerte. Dios mismo, en su Hijo, ha pronunciado ese grito.

Y es precisamente allí, al pie de la cruz, cuando un centurión, un hombre pagano, al ver morir a Jesús, dijo: *Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios.* Esta confesión de fe no nace de la contemplación del éxito ni de la gloria del Nazareno, sino de vislumbrar en el Crucificado el amor llevado hasta el extremo, descubriendolo incluso cuando todo parecía perdido.

Pero el relato no termina con la muerte de Jesús. Hemos escuchado también el anuncio que cambia la historia: *No tengáis miedo. ¿Buscáis a Jesús el Nazareno, el crucificado? Ha resucitado. No está aquí.* Y esto nos ataña a todos nosotros, pues como nos dice el apóstol san Pablo: *Si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él (Rm 6, 8).* Por eso creemos que las personas por las que hoy oramos no se han perdido, atrapadas en el sinsentido de una muerte inesperada. Sus vidas, sus nombres y sus historias están ahora y para siempre en las manos del Dios de la Vida, que se nos ha dado a conocer en la muerte y resurrección de Jesucristo, nuestro Señor.

Hoy, en este funeral diocesano, queridas familias de las víctimas, venimos a incorporar el nombre de los que han perdido su vida temporal y vuestro propio dolor al sacrificio de Cristo. Para que, aun desde el sufrimiento, como dice la carta a los Hebreos: *cobremos ánimos y fuerza los que buscamos refugio en él, aferrándonos a la esperanza ... la cual es para nosotros como ancla del alma, segura y firme, que penetra más allá de la cortina (Heb 6, 18-19)*, de la muerte temporal.

En este momento de dolor, queremos también detenernos para dar gracias. Gracias a quienes acudieron los primeros, a los vecinos de Adamuz, a los equipos de emergencia, sanitarios, fuerzas de seguridad, voluntarios y personal de apoyo. Gracias a quienes han

acompañado con una presencia discreta y cercana: a los sacerdotes y tantas personas que han ofrecido tiempo, escucha, recursos y oración. Gracias a las monjas de clausura de nuestra Iglesia particular y de otras diócesis, que en estos momentos rezan con nosotros desde sus conventos. En cada gesto de ayuda hemos podido percibir un reflejo de la compasión de Dios.

Y junto a la gratitud nace también un compromiso. Porque el sufrimiento de estas familias no va a terminar cuando se apaguen los focos o se acallen las noticias de este luctuoso suceso. Acompañarlas en su duelo y reparar las consecuencias del daño que han recibido será una tarea larga y exigente para todos. Compromete a la sociedad entera y también a quienes tienen responsabilidades públicas. Es necesario esclarecer la verdad de lo ocurrido y actuar con justicia, para que su sacrificio no sea olvidado y para que, en la medida de lo posible, se eviten tragedias semejantes en el futuro.

Ponemos todo lo que somos y todo lo que hoy nos duele bajo la mirada maternal de María, la Virgen de la Cinta, nuestra Madre y Patrona, a quien Huelva ha acudido siempre en los momentos de gozo y de aflicción.

Santa María, Virgen de la Cinta,  
acoge bajo tu amparo a quienes han perdido la vida  
y preséntalos a tu Hijo.

Consuela a las familias que lloran,  
y sostén a quienes se sienten abatidos.

Virgen fiel, que permaneciste al pie de la cruz,  
enséñanos a confiar, incluso en la noche del dolor,  
en la promesa de Dios.

Virgen de la Cinta,  
ruega por nosotros.  
Amén.